

que había reemplazado al marqués de Villafranca. Ya en años anteriores, según hemos indicado, gobernando a Milan el famoso conde de Fuentes, había amenazado a la Valtelina y construido algunas fortalezas a su entrada. Fácil les fué a los naturales con ayuda del duque de Feria arrojar a sus dominadores; y como si el país pudiera ser conservado para España, y como si no estuvieran nuestras fuerzas demasiado distraídas en otras partes, se levantaron en aquel valle muchos fuertes y se pusieron en ellos guarniciones españolas (1620), origen y principio de otras nuevas complicaciones.

Había ya comenzado en este tiempo en Alemania la famosa guerra que se llamó de treinta años por los de su duración, preparada ya en el reinado del emperador Rodolfo II por el establecimiento de la Unión y de la Liga, y por el derecho concedido a los herejes utraquistas de Bohemia para crear nuevas escuelas y templos de su culto. Ya en tiempo del emperador Matías que había sucedido en 1616 a Rodolfo, habían llegado aquellos a tomar las armas contra Matías porque violaba sus fueros y privilegios. Fernando II, sucesor de Matías, que murió sin sucesión varonil (1619), era el príncipe más a propósito para convertir en fuego voraz la chispa más débil. Y los reyes austriacos de España, que desde Carlos I nunca habían dejado de mezclarse y tomar una parte activa en todas las cuestiones religiosas y políticas del imperio que tocaban a la causa del catolicismo, ó en que se interesara la prepotencia y engrandecimiento de la casa de Austria, ó que pudieran conducir a vincular la corona imperial en la familia, metiéronse también de lleno en esta fatal y costosísima guerra. Ardía furiosa y se propagaba imponente la rebelión de los protestantes de Bohemia contra Fernando, con voz de que violaba sus privilegios y destruía sus leyes fundamentales para hacer el trono hereditario en su casa; hechas entre los insurrectos dos ligas ofensivas y defensivas, de una parte con las provincias unidas al reino de Bohemia, de otra con Beatelem Gabor, que con el favor del Turco se había sentado en el trono de Transilvania; habiendo logrado interesar al Elector Palatino ofreciéndole la corona de que intentaban despojar a Fernando: acometido este por las fuerzas del Elector, por las de los condes de Thorn y de Mansfeldt (1), y al mismo tiempo por las del príncipe de Transilvania protegido por la Puerta; defendido solo Fernando por el pequeño ejército de Bucquoy, y vacilando las coronas sobre su cabeza, demandó auxilio a Felipe III de España, invocando los lazos de la religión, de la sangre y de la política, que siempre habían unido a España con el imperio (1620).

Bien hizo Fernando por su parte en apelar a España como al aliado y amigo de quien podía esperar más decidido y eficaz socorro. Y el gobierno del tercer Felipe, siguiendo la política, que podríamos llamar puramente austriaca, de los reyes de aquella dinastía, sin pararse a considerar los dispendios y sacrificios que había de costarle, lo exhausto del tesoro y la falta que padecía de soldados, aceptó la invitación y arrojó el compromiso de la empresa. Resolución a nuestro entender inconsiderada y fatal, que ni alcanza a justificar el principio religioso, ni disculparía sino en muy pequeña parte el tratado secreto que algunos suponen entre Fernando II de Alemania y Felipe III de España, por el cual aquel debía de ceder a este la parte occidental de Austria, en el caso de que con su ayuda llegara a poseer aquellos Estados. Mas ó menos halagado el monarca español por el emperador su deudo, se aprestó a socorrerle con dinero y tropas, y un cuerpo de ocho mil hombres salió de los Países Bajos a juntarse con el de Bucquoy en el corazón de la Bohemia. Otro ejército de treinta mil, conducido por el marqués de Espinola, franqueó el Rhin para invadir el Palatinado, lo cual alentó a los príncipes católicos de Alemania a declararse en favor de Fernando, y animó al

(1) Este conde de Mansfeldt era hijo natural del conde flamenco del mismo título que tantos y tan señalados servicios había hecho a Felipe II y con tanto tesón había defendido la causa católica en los Países Bajos. Resentido el hijo con el emperador porque no había querido legitimarle, abandonó su servicio y la fe católica y pasó a servir a Carlos Manuel de Saboya: cuando supo la rebelión de los bohemios, corrió a favorecerla llevando consigo un cuerpo de tropas: los rebeldes le nombraron general de artillería.

papa y al rey de Polonia a entrar en la liga. Por su parte los protestantes levantaron un ejército de veinticuatro mil hombres que pusieron al mando del marqués de Aupach; juntóseles el príncipe flamenco Enrique de Nassau, y se les agregó el caballero inglés Horacio Vere con dos mil cuatrocientos veteranos ingleses. Era como una reproducción de las guerras de Carlos V, sin su poder, sin su cabeza y sin su genio.

Sin embargo, el marqués de Espinola, con el talento y la habilidad que tanto le habían acreditado en Flandes, desde Coblenza donde se situó, supo burlar los planes y la vigilancia del enemigo, y fingiendo amenazar a Francfort, y haciendo oportunamente una marcha rápida y atrevida, se lanzó sobre Oppenheim. Al mismo tiempo los duques de Baviera y de Sajonia sujetaban a la obediencia del emperador la Lusacia, la Silesia y la Austria Alta y Baja. Penetran los imperiales en la Bohemia y se dirigen a Praga. Los generales bohemios se fortifican en una montaña que parecía inaccesible; pero su impericia da lugar a que los imperiales y bávaros con arrojo y serenidad maravillosa asalten las fortificaciones, viertan la sangre enemiga a torrentes, y derramen la consternación y el espanto. Desde lo alto de su palacio presenciaba el elector Federico, nuevo rey de Bohemia, aquel horrible combate, temblando él y estremeciéndose al ruido de las armas en su cabeza la corona que acababa de ceñirse. Tilly, general del imperio, es rechazado con gran pérdida; entonces Bucquoy salta de la cama en que se hallaba herido y enfermo, monta a caballo, reanima a los imperiales, y ayudado del español Guillermo Verdugo que mandaba los walones, arremete con intrepidez, hace prisioneros a los condes de Anhalt y de Slich, se apodera de algunos cañones, desordena las espesas filas enemigas, hácese general la derrota de los llamados defensores de la *Unión Evangelica*, la montaña se cubre de cadáveres y de armas de los vencidos, los imperiales se cansan de matar, y el Elector Palatino se salva con la fuga, abandonando el trono que acababa de ocupar (noviembre, 1620).

La célebre victoria de Praga, en que tanta parte tuvieron las tropas del rey Católico, restituyó a Fernando II de Alemania el reino de Bohemia, sobre el cual estableció un imperio absoluto, aboliendo todos los fueros y privilegios de que hasta entonces había gozado, haciendo que los protestantes devolvieran a la Iglesia Católica todos los bienes confiscados ó secularizados desde 1552, y dando derecho a los católicos para traer los herejes a su religión ó hacerlos emigrar (2). Con esto creyó Fernando haber asegurado la quietud de su imperio; mas los sucesos vinieron a demostrar cuánto se había equivocado, y España empeñada en su protección continuó largos años bajo el sucesor de Felipe III haciendo sacrificios tan costosos como inútiles.

Tal era la política y la conducta de la corte de España en sus relaciones con las potencias europeas, cuando la situación interior del reino se hallaba de la manera que vamos a ver ahora.

CAPÍTULO VII

Rivalidades é intrigas en palacio.—El duque de Lerma y el de Uceda

DE 1611 A 1621

Asombrosa autoridad de que invistió Felipe III al duque de Lerma.—Uso que este hizo de su poder.—Cómo engrandeció a don Rodrigo Calderon.—Conducta de don Rodrigo.—Envidias que suscita.—Va con embajada a Flandes.—Hácenle marqués de Siete Iglesias.—Conspiraciones contra el valimiento del de Lerma y de don Rodrigo Calderon.—Trabaja el duque de Uceda contra el de Lerma, su padre, y aspira a reemplazarle en la privanza del rey.—El confesor fray Luis de Aliaga.—Los condes de Lemos y de Olivares.—Guerra del favoritismo en palacio.—Desaire y retirada del conde de Lemos.—Cae el de Lerma de la gracia del rey, derribado por su mismo hijo.—Privanza del de Uceda.—Viste el de Lerma el capelo de cardenal y se retira.—Prision y proceso célebre de don Rodrigo Calderon, marqués de Siete Iglesias.—Cargos que se le hicieron.—Tormento que se le dió.—Grandeza de Rodrigo en sus padecimientos.—Descargos del abogado defensor.—Nuevas rivalidades de privanza.—Anuncios de la caída del de Uceda.

Mientras en Francia, en Italia y en Alemania algunos hom-

(2) Anales del Imperio, tom. II.—Everhard. Wassenburguii, De

bres políticos de la escuela del anterior reinado, representantes de España en aquellas cortes, todavía sostenían a buena altura el nombre español, mostrando cierta habilidad diplomática, que era como tradicional y heredada desde los tiempos de Fernando el Católico, bien que haciéndose ahora más por la astucia que por la conveniencia; mientras que en Sicilia y en Nápoles, en Monferrato, en la Valtelina y en Bohemia algunos ilustres capitanes españoles, algunos magnates de la primera nobleza de Castilla mantenían el antiguo crédito de la marina y de los ejércitos de España, y alcanzaban por tierra y por mar victorias y triunfos más honrosos y admirables a los ojos de Europa que provechosos y útiles a la nación; la corte de Madrid y el palacio del monarca era un hervidero de rivalidades y un foco de intrigas de la peor ley para disputarse el favor y la privanza de un soberano que había comenzado por dejar de serlo, contentándose con ceñir su corona, y entregando el cetro, tan pronto como subió al trono, en manos y a discreción de un valido.

Que lo era el duque de Lerma, aun siendo todavía príncipe don Felipe, y que continuó siéndolo del rey en el mayor grado a que se creía pudiera llegar una privanza, lo hemos visto en los capítulos anteriores. Porque no era fácil imaginar entonces, ni por fortuna se ha repetido el ejemplo después, que hubiera un monarca tan pródigo de autoridad y al propio tiempo tan indolente, que por no tomarse siquiera el trabajo de firmar los documentos de Estado, quisiera dar a la firma de un vasallo suyo la misma autoridad que la suya propia, y que advirtiera y ordenara, como ordenó Felipe III a todos sus consejos, tribunales y súbditos, que dieran a los despachos firmados por el duque de Lerma el mismo cumplimiento y obediencia, y los ejecutaran y guardaran con el mismo respeto que si fueran firmados por él. Trasmisión inaudita de poder, que si bien asombra el desprendimiento del monarca, casi maravilla más que no abusara el favorecido tanto como pudo de aquella omnipotencia de que se vió investido.

No era ciertamente el carácter del de Lerma inclinado a la perversidad, que fué la razón de no haber sido tan funesto como pudo ser su valimiento. Pero tenía un defecto, que si en un particular es reprehensible, en el privado de un monarca y en un hombre de Estado y primer ministro es abominable, fuente de envidia para otros hombres y manantial de males para un reino, a saber, la codicia. En globo no más hemos apuntado los títulos, honores, mercedes y riquezas que acumuló en sí mismo y en sus hijos, deudos y allegados. Árbitro de los empleos públicos, distribuidor de la gracia del soberano, administrador irresponsable de los tributos y de las rentas, y teniendo en su mano la fortuna de tantos hombres, cuidó lo primero de hacer la suya, y tomó para sí, como decimos por proverbio vulgar del buen repartidor, la mejor parte; y de no ser incorruptible dió lastimosas pruebas, que sobre no dejar puras de mancha manos que aspiraran a pasar por limpias, desdecían de la alta posición en que se había colocado, y amenguaban la dignidad no menos que rebajaban al hombre (1).

Bello inter Imperatores Ferdinandos et eorum hostes.—Heiss, Historia del Imperio.—Gonzalez Dávila, Vida y hechos de Felipe III, lib. II, capítulo 90.

(1) Además de los empleos y cargos de sumiller de corps y caballerizo mayor del rey, de regidor perpetuo de Valladolid y Madrid, de comendador mayor de Castilla, de adelantado de Cazorla, de general de la caballería, de ayo y mayordomo del príncipe, y otros varios que tuvo el de Lerma, hizo el rey multitud de mercedes, como las escribanías de Alicante y la de sacas de Andalucía, las alcaldías de Vélez y del castillo de Burgos, diferentes encomiendas, los pingües productos de la almadraba de Valencia, setenta mil ducados de renta en Sicilia, el dominio y señorío de muchas villas y lugares en Aragón, Castilla y Navarra, le favoreció para la reincorporación en su casa de otros lugares y villas que en Castilla había tomado el rey don Juan II a su ascendiente don Diego Gomez de Sandoval y cuya devolución él reclamó, le compraba las casas y heredades que él tenía valuándolas a su gusto, y le hacía con frecuencia regalos de sargas de perlas y brinco de diamantes y otras joyas de valor de muchos miles de ducados. De este modo llegó el de Lerma a reunir las rentas de un opulento potentado, y no es de extrañar que viviera con más boato y ostentación que el mismo rey.

Y como le hubiesen visto aceptar los donativos en metálico que con tí-

Con esto los escarmientos que quiso hacer en algunos que se habían enriquecido de repente y por malos medios salían desautorizados con el ejemplo del primer ministro: el pueblo que sufría las cargas insoportables, la penuria, el hambre y las privaciones, le miraba como el autor de todas las calamidades públicas, y su opulencia y el poder de su privanza era objeto perenne de envidia a otros magnates, incluso su mismo hijo, como vamos a ver.

Entre sus criados y favorecidos lo era especialmente y con preferencia a todos un hidalgo de Castilla llamado don Rodrigo Calderon (2), mozo activo y despierto, a quien escogió para que le ayudara en el manejo de los papeles, y a quien comenzó a elevar haciéndole secretario de la cámara del rey. A poco tiempo le creó conde de la Oliva, le dió el hábito de Santiago, confiriéndole la encomienda de Ocaña; le hizo capitán de la guardia alemana y tudésca, alguacil mayor de Valladolid, con muchas preeminencias en su chancillería, y le honró con otras muchas mercedes y le enriqueció con rentas y ayudas de costa (3). Hábil el don Rodrigo para seguir granjeándose el afecto de su protector, llegó a tomar tal ascendiente en su ánimo y a dominar en su corazón de manera que en todo hacía el de Lerma la voluntad de don Rodrigo. Deslumbrado este con su prosperidad, orgulloso con su fortuna, envanecido con el favor, y haciendo alarde del poder que en sus manos tenía, daba audiencias como un soberano, circundado de una corte tan brillante como la del duque, era un satélite que igualaba, si no excedía, en esplendor a su mismo planeta, y no se sabía quién ejercía más influjo, si el valido de su monarca, ó el privado de su valido. Si los grandes y el pueblo llevaban mal la privanza del duque de Lerma, mucho peor soportaban el valimiento de don Rodrigo Calderon, ya por la oscuridad de que le habían visto levantarse, ya por la aspereza y desabrimiento con que solía tratar y despedir a los pretendientes, de cuya importunidad se descartaba el de Lerma enviándolos a don Rodrigo. Así es que se desataban contra él las lenguas y las plumas, y si contra el protector se hacían sátiras picarescas, contra el protegido se escribían mordaces y sangrientos libelos.

Como enemigos de todo privado, y señaladamente contra la privanza de don Rodrigo Calderon, hablaban al rey y a la reina un fraile y una monja, Fr. Juan de Santa Maria, franciscano descalzo, y la madre Mariana de San José, priora del convento de la Encarnación. La reina doña Margarita, en cuyo piadoso corazón hacían grande efecto los consejos y pláticas de personas al parecer tan religiosas, se declaró desde luego contra don Rodrigo, y ayudada de aquellos dos consejeros persuadió al devoto Felipe con razones de conciencia, y le instó y apretó a que retirara su gracia al favorecido del duque. Dejose el rey vencer por lo menos en parte, y relevó a Calderon del despacho de los papeles y del oficio de secretario de su cámara; reemplazándole en el primer cargo don Juan de Ciriza y en el segundo don Bernabé de Vivanco (4). Con tal motivo, y como a poco tiempo de esta novedad muriese la reina Margarita de sobrepardo (1614), según en otro lugar hemos dicho, no faltó quien hiciera caer sobre don Rodrigo Cal-

tulo de servicio le habían hecho las cortes de Cataluña y de Valencia, tampoco tuvieron reparo los señores y caballeros de Castilla en hacerle obsequios de dinero en gruesas sumas, que él admitía, dando ocasión a que el curioso anotador contemporáneo que recogía y nos ha trasmitido aquellos hechos, dijera con sarcástico estilo, que así le alegraban la sangre, cuando su espíritu se encontraba abatido con alguna indisposición ó enfermedad. —Añádesse a esto que el de Lerma no tenía parientes pobres a quienes socorrer, porque tuvo buen cuidado de que ninguno le necesitara, enriqueciéndolos a todos a costa de empobrecer el Estado.—Parece fabuloso, pero sus contemporáneos lo dicen, que solo de donativos llegara a reunir el de Lerma la enorme y asombrosa suma de cuarenta y cuatro millones de ducados; aun rebajando lo que pueda haber de hiperbólico, siempre se deduce que dió en este punto sobrada materia de escándalo.

(2) Era hijo del capitán don Francisco Calderon, que le tuvo de una doncella alemana, con la cual se casó después.

(3) Hasta a un hijo suyo, de edad de año y medio, se le dió en marzo de 1611 el hábito de la gran cruz de San Juan.—Había casado don Rodrigo con doña Inés de Vargas, de quien tuvo varios hijos.

(4) El autor de la Historia manuscrita de Felipe III que muchos veces hemos citado.